

DEMONIOS DEL SUR

TEATRO DE DIOSAS II

MARINA VIVAR
ROBLES

AKANE
EDITORIAL

*Para mis Hacedores de la Escritación.
Sin vosotros, esta historia no existiría.
Gracias por devolverme el amor por la escritura.*



	Ríos		El Norte
	Ruinas		La Marca
	Fronteras		El Sur
	Asentamientos		

océano cinéreo



Los Cielos
 Duero de Laszari

euseri

liot
 Duero de Gauellada

sairos
 Casida

hauue

thrumas
 Duero de Cepine

seren

virioer

andara
 Duero de Avas

uharkom
 genghrot

ceró
 Fuentespien

thiren
 Duero de Aspasco

ocarón

netal
 Duero de Dabergos

heradit

Desierto de Anrea

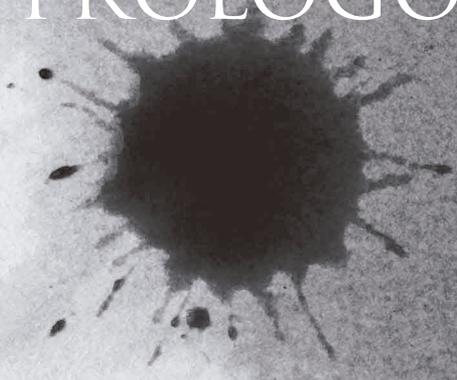
haseal

En el Norte no temen a los demonios. Son cuentos infantiles, viejas historias que no han de preocupar a ningún hombre cuerdo, pues hay peligros reales que sí deberían ocupar sus asuntos. Las sombras blancas carecen de escamas, garras, cuernos o colmillos. Sus ojos no brillan en la noche. Su cabello no se funde con la nieve. Los demonios existen, por supuesto, pero no llenan las baladas de sangre y pérdida. No despiertan congoja con sus relatos ni pesadillas creadas por palabras y superstición. Todo el mundo sabe que los demonios son inofensivos: herejes, renegados, insensatos que dieron la espalda a la Diosa.

En el Norte no temen a los demonios...

En el Sur sí.

PRÓLOGO



La Titiritera llevaba años sin pisar el escenario y, por fin, estaba lista para abrir el telón.

Los chillidos y alaridos de los aldeanos indefensos compusieron una sinfonía. Dejó que los gritos llenaran el aire, comandó los silencios, hizo de aquella destrucción un hermoso espectáculo. Podía parecer sin motivo, y, oh, eso decían siempre los mortales. Rápidos eran en sus acusaciones, sobre todo cuando su nombre hacía acto de presencia.

Sin embargo, ¿no prefería la compañía humana a la divina? Así lo había evidenciado no una, ni dos, ni tres veces. Sería más sencillo contar aquellas ocasiones en las que había buscado la compañía de sus congéneres frente a la de los hombres. Quizá por eso era tan difícil entender que sus sueños involucraran a deidades y asesinatos. Si tanto apreciaba a los mortales, ¿por qué tratarlos así? Si tanto odiaba a los dioses, ¿por qué planear el retorno de uno?

Qué rápido olvidaba la humanidad las ofensas del pasado. No todos tenían la memoria y la paciencia necesarias para orquestar una venganza en condiciones. Una lástima.

A pesar de todo, las cosas se presentaban diferentes para aquellos capaces de aguardar. Las partidas de danjan no se ganaban con prisas y ella había colocado las fichas con cuidado, casi reverencia, esperando el momento en el que pudiera golpear la primera. Los incendios y los asesinatos eran el inicio de una reacción en cadena que la llevaría a la victoria y no tenía prisa. Podía esperar.

Todos verían su nuevo alzamiento, salvo, quizá, las buenas gentes de pueblos como Fuentespiga.

Los pobres aldeanos no habían hecho nada malo. Encontrarse cerca de Delta de Avay. Ser parte de la ruta que habían decidido tomar. Podía imaginar la confusión y el miedo que inundaba sus almas en sus últimos momentos. ¿Por qué había un monstruo destruyendo sus casas? ¿Por qué su abadía ardía iluminando la noche? ¿Por qué sus familiares y amigos estaban atacándolos?

El último truco era complicado. Quimera no necesitaba controlar a sus monstruos, solo señalarles el objetivo. Eran perros de presa esperando la oportunidad de salir de caza. Influir en las personas, en cambio, convertirlas en títeres temporales, requería esfuerzo y concentración. Incluso para alguien como ella, distaba de ser sencillo.

La matanza ni siquiera duró toda la noche, pero rápido y fácil no son sinónimos. Afianzar sus hilos fue un trabajo arduo, tan cansado como recoger y amontonar los cadáveres tras su obra. Incluso con Quimera ayudando a su pequeña marioneta rebelde, seguían cortos de manos y el amanecer los sorprendió

todavía apilando muertos, mas pronto tendrían toda la ayuda que pudieran necesitar.

—Es el último. —Balem dejó caer a un anciano con el cuello doblado en un ángulo antinatural junto a los otros—. A menos que Quimera venga con más.

El pelo mortecino de su marioneta estaba cubierto de sangre seca, por no hablar del resto de su ropa o de su barba. Siempre le sorprendía la mirada vacía que quedaba en sus ojos tras órdenes como aquella. Ni siquiera era la primera vez que le hacía asesinar a una localidad al completo. De hecho, así se había ganado el apodo del Terror de la Montaña, al erradicar a varios pueblos a petición suya. Habían descubierto la existencia de un bastardo Yleberg en la zona y prefería pecar de precavida a lamentarse después. Sin embargo, hablaban de Balem. Siglos después de conocerlo, ahí seguía, como una obstinada conciencia. Por supuesto que no le hacía gracia cumplir ese tipo de trabajos. Su marioneta nunca lo disfrutaba.

Era todo lo contrario a Quimera. Solo había que observarlos, uno junto a otro. Su querido caballero de armadura obsidiana se mantenía erguido, orgulloso, incluso divertido tras obras como aquella. Había insistido en participar de primera mano para complacerla, a pesar de que ambos sabían que simplemente echaba de menos la acción. No debería forzarse. Aún sufría consecuencias de su regreso, pero ella había sido incapaz de privarlo de su deseo.

Aunque su cabello negro también estaba cubierto de sangre, a él lo hacía parecer distinto, como si llevara una corona macabra

sobre la cabeza. Su sonrisa rezumaba confianza y las bestias que había traído andaban tras él como una escolta digna de un dios, arrastrando los últimos cadáveres de la noche.

Al verlo aparecer entre los restos de la ciudad como un conquistador victorioso, la Titiritera escuchó a su corazón desbocado. El beso supo a sangre, a venganza, a victoria. La gloria y la pasión eran viejas conocidas.

—¿Son suficientes? —Los ojos verdes de Quimera le devolvieron el mismo deseo que debía brillar en su propia mirada.

Si no tuvieran trabajo entre manos... En fin, esa parte tendría que esperar a después. Además, su público no parecía muy dispuesto a ver cómo le quitaba la armadura. Casi pudo sentir el suspiro de alivio de Balem al verlos separarse; ventajas o desventajas de tener a su marioneta atada a ella.

Lo ignoró para dirigirse a los cadáveres.

Niños, ancianos, mujeres... No habían mostrado compasión hacia nadie. Algunos tenían heridas por las que asomaban tripas y músculos. Otros presentaban cardenales allí donde los monstruos les habían golpeado. Los había atractivos (la suerte del Retratista les había sonreído) y también había cadáveres a los que una espada había desfigurado sin remedio. Altos, bajos. Morenos, rubios. Pálidos, pecosos, rechonchos, delgados...

Lo único importante era que todos, incluso aquellos a los que la Titiritera había controlado, estaban muertos. El regalo de la Diosa había abandonado sus cuerpos.

Curvó los labios en una sonrisa. Era justo lo que buscaba.

—Serán suficientes para empezar.

Alzó las manos hacia los muertos e invocó sus hilos. Las líneas rojas se elevaron como culebras cubriendo sus cuerpos. Para Balem era un espectáculo invisible; para aquellos dotados de los ojos de la Diosa, una obra en tonos carmín.

Sus hilos se prepararon y ella acudió al frío. Invocó las manos heladas de la muerte y perforó el velo.

Su cuerpo mortal desapareció de Fuentespiga como si nunca hubiera existido. Incluso los dioses encontraban difícil cambiar de plano de existencia. Desaparecer del mundo mortal para aparecer en otro y perder la conciencia divina al atarla al reino de los hombres no eran tareas sencillas. Ella había dedicado milenios a descubrir cómo mantenerse en ese estado entre ambas. La Diosa era la señora de la muerte y de los finales, pero la Titiritera era la Barquera de las Almas, la Guía de los Difuntos, la Emperatriz del Velo.

Caminar en el filo de la muerte era tan fácil como respirar.

Todas las almas perdidas la recibieron al llegar, detenidas en aquel trayecto inacabado, atrapadas en aquel estado entre estos. Ninguna visitaría los Salones de la Diosa ese día.

—Mis disculpas, no puedo dejaros seguir aún.

Los hilos cazaron las almas como si fueran ganado perdido, arrastrándolas de vuelta por el agujero que Ella acababa de crear. Chillaron sin voz y se retorcieron para escapar, sin suerte, del demonio que había ido en su busca. Los ojos rubí de la diosa se clavaron en cada una de las almas antes de mandarlas de vuelta al reino de los vivos.

Cuando la Titiritera volvió a Fuentespiga, fue como si nunca se hubiera ido, pero no regresó sola.

Los gritos llenaron el aire.

Placas de hueso cubrieron miembros deformes, cabezas, torsos... Soldaron la carne abierta, unieron el tejido, arreglaron costillas y columnas como si nunca hubieran sido dañadas. El rubor volvió a las mejillas de los habitantes de Fuentespiga. Sus pechos volvieron a latir. Su cabello se tornó blanco como el yeso.

El miedo inundó sus rostros al contemplar en lo que se habían convertido.

—Antinatural —susurró Balem.

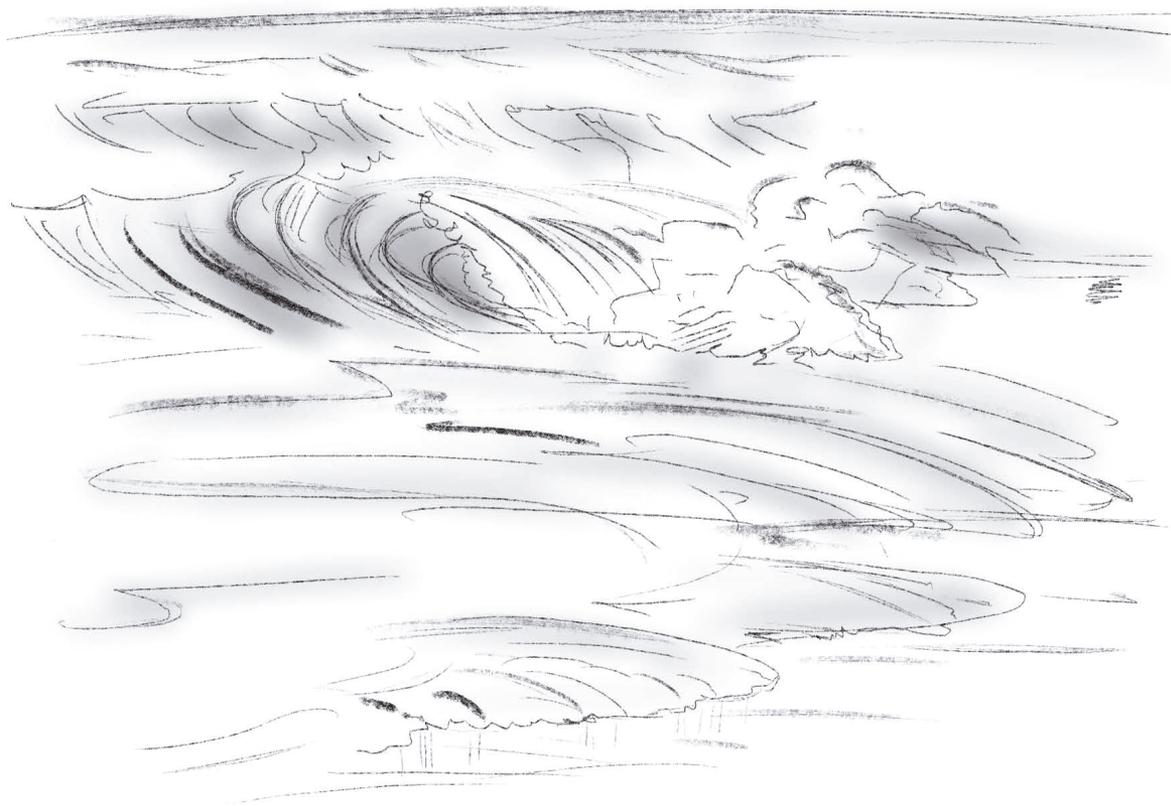
—Hermoso —replicó Quimera.

Y lo era. Una obra impecable, un espectáculo imposible, un cuadro de horrores y belleza sin igual. ¿Qué eran el Retratista y la Titiritera sino artistas? Su hermano tendría que haber estado ahí para verlo.

Los demonios se alzaron, obligados por sus hilos, con un brillo de terror en los rostros. El vestido de la Titiritera se hinchó al dar un paso hacia ellos con una pronunciada reverencia. Su sonrisa era una invitación y una amenaza a partes iguales.

Los hombres eran difíciles de controlar. Sus cuerpos y almas estaban ligados gracias al trabajo conjunto que Ella y su hermano realizaban. Obligar a los mortales a actuar contra sus deseos resultaba peliagudo. Una vez rota la separación, incluso si solo sucedía un instante, esa resistencia se debilitaba. Los imposibles se volvían posibles. Lo que antes requería de todos sus esfuerzos se transformaba en un acto no más complicado que levantar un meñique.

—Bienvenidos a mi pequeño ejército. —Y eso fue lo que hizo, mover un meñique. Lo justo para que el anciano al que Balem había arrastrado hasta allí cayera al suelo con la pierna rota gracias a sus hilos—. Espero que aprendáis a acatar las normas rápido. Tenemos mucho trabajo por delante.





UNO: EL SUEÑO IMPROBABLE

Aural contempló el mar. Se había acostumbrado a los suaves balanceos del barco. Al olor a salitre. A la brisa vespertina que le mecía los cabellos rubios al pasear por cubierta.

El Sueño Improbable, el barco de MJ, era distinto al resto de los navíos o los biuracs en los que había viajado. La tripulación era variopinta y cada miembro tenía una historia sobre cómo había terminado a las órdenes de su capitana: unos para emprender travesías imposibles, otros tras verlos cambiar las tornas en batallas perdidas y alguno hasta era un antiguo pirata. Muchos venían de Sedois, pero Aural había oído a gente conversar en idiomas que no había escuchado jamás, así que solo podía preguntarse de dónde procedían. ¿Cuántas maravillas había vislumbrado aquella gente? ¿Cuántas tierras los habían visto desembarcar?

Por si fuera poco, el Sueño Improbable era el barco más rápido en el que Aural había navegado jamás, aunque solo fuera porque Tammy, la iollon del mar del Norte que acompañaba a MJ allí donde fuera, lo remolcaba como si fuera un caballo de tiro. Curioso uso de una serpiente marina gigante, pero ¿quién



podía juzgarlos? Al fin y al cabo, la semidiosa hija de Escarceo y su tripulación habían tenido que rescatarlos hacía solo unas semanas.

Para ellos debía ser otra anécdota más en su larga lista de historias imposibles. Para Aural la herida era demasiado reciente. Ni siquiera había pasado un mes desde la traición de Balem, su antiguo compañero de aventuras. No porque quisiera, de acuerdo, estaba obligado a servir a su señora, pero su ausencia escocía de igual modo. Si Roalm Ylemberg no hubiera regresado de entre los muertos acompañado del mismísimo Retratista, algo le decía que ya visitarían los Salones de la Diosa. Habían escapado de milagro.

—¡Lady Iostein! —Un hombre se acercó a ella desde el otro lado de la cubierta, con una mano haciéndole de visera sobre sus ojos castaños. El marido de MJ tenía el cabello color trigo y la piel pálida. Podría haber pasado por alguien de la Marca si no fuera por su nombre: Fjer. Aural ni siquiera sabía que había algo más allá de Sedois hasta que lo conoció—. La capitana os espera.

Allí terminaba el descanso.

Aural asintió con suavidad y se separó de la baranda del barco. No le pasaron desapercibidas las miradas de curiosidad del resto de la tripulación. Sin embargo, el segundo de a bordo debió notarlo, porque dio un pequeño silbido a Syrin, la vigía, que dispersó la multitud para él. Aural agradeció el momento en el que la puerta del camarote de MJ se cerró a su espalda. La privacidad en un barco era escasa y había aprendido a apreciarla en aquellos días.



—*Lady Iostein*, os agradezco que os unáis a nosotras. —La capitana le guiñó un ojo desde el otro lado de la mesa, deteniendo las caricias que estaba dedicando a su gigantesco perro lanudo.

Su camarote no era una gran sala de audiencias, pero sí la mejor opción comparado con el resto de las habitaciones y los espacios del barco. Varias estanterías llenas de libros, trofeos de los viajes del Sueño Improbable y aparatos náuticos revestían las paredes. Por supuesto, todos los muebles estaban anclados para evitar que el movimiento de las olas provocara un accidente. Al fondo de la sala había un ventanal por el que entraba la luz y, apoyado junto al mismo, el camastro en el que sus anfitriones pasaban la noche. Por lo que veía, no se habían molestado en hacer la cama.

La mayor parte del espacio la ocupaba una mesa de pino y, sobre ella, numerosos mapas que mostraban rutas marítimas o la costa de Sedois. Incluso había uno, de más allá del desierto de Anrea, en el que aparecía la tierra de Fjer: Traola. Siul estaba inclinada sobre el plano, siguiendo con la mirada cada relieve, cabo y bahía de la extraña región. Su cabello negro estaba recogido en una pequeña coleta baja y había cambiado sus ropas de viaje por otras que MJ le había dejado. Por desgracia le quedaban grandes y así lo evidenciaban los puños que le cubrían las manos.

Su rostro seguía pálido (a pesar de su tez morena) y algo le decía que su estómago ya había expulsado el desayuno, aunque no en la dirección correcta. Siul y los barcos tenían una relación complicada. Sin embargo, tenía mejor aspecto que cuando abandonaron Delta de Avay. Aural todavía podía verlo si cerraba los



ojos: el monstruo que las había atacado en el Sur, el Retratista quedándose atrás, Siul chillando y el mundo volviéndose gris a su alrededor. Su desmayo al forzar sus poderes de uniit, en un intento de mantenerse junto a su padre en la batalla, había sido la comidilla del barco tanto o más que sus fiebres y temblores. Había tardado un día entero en recuperar el conocimiento.

Aural tuvo que sacudir la cabeza antes de buscar una silla. Fjer ocupó la que había junto a su mujer y MJ, por supuesto, sirvió un vaso de zumo a cada uno de los presentes. Había descubierto en aquellos días que la capitana tenía debilidad por el brebaje y otro de sus sueños imposibles era probar todas las combinaciones y recetas. Incluso había hecho fortuna al comerciar con las frutas de las que sacaba el jugo. Esta vez, la bebida era tan roja como su pelo.

Antes de que Aural pudiera dar un sorbo o preguntar a Siul cómo se encontraba, la puerta volvió a abrirse.

Tuvo que reprimir el escalofrío que le produjo ver a Roalm Yleberg aparecer. No porque resultara intimidante, aunque con sus dos metros el hombre tenía que agacharse para entrar, sino por su cabello: blanco y sin vida. El precio de regresar de entre los muertos. Un viento frío parecía recorrer la sala cada vez que el demonio hacía acto de presencia.

Roalm ignoró las miradas y cerró la puerta a su espalda. Ocupó la silla restante.

—Siento la tardanza.

Debían presentar toda una imagen. Un extranjero de otra tierra, un par de semidiosas, una cazadora del Norte y un de-

monio reunidos en torno a una mesa. No había visto grupo más heterogéneo. Fjer acercó otro vaso de zumo al recién llegado.

—Mis señoras, caballero —comenzó a decir la capitana, e hizo una pausa para beber. La mujer era sureña, aunque su acento era suave, difícil de ubicar—, no es que me moleste fondear en estas aguas con vosotros, pero me gustaría saber si tenéis intención de atracar en algún momento.

Roalm se cruzó de brazos. Siul se encogió en la silla y dio vueltas entre los dedos a su colgante de la Diosa. Habían estado retrasando la conversación todo lo posible, pero MJ tenía razón. No podían seguir postergándolo indefinidamente.

—¿Dónde? —terminó por preguntar Aural.

La monarquía era un desastre. Ahora que Emirom estaba muerto, al menos existía la posibilidad de sentar a uno de sus herederos en el trono, pero dudaba que fuera una tarea sencilla con una posible guerra civil en ciernes. Para colmo, los monstruos del Norte habían sido liberados por Sedois gracias al Caballero Negro, una nueva deidad que enfrentar además de la Titiritera y de su marioneta, y el mayor apoyo de la humanidad hasta ahora, el Retratista, había dado su vida mortal para que pudieran escapar.

Según Siul era posible volver a invocar a los dioses en el reino humano, pero ese conocimiento había sido apartado hacía siglos del saber popular. No podían contar con su ayuda en ningún momento cercano.

Por no hablar de que, mientras tanto, el Norte seguía enfrenando su plaga de monstruos en solitario. Igual MJ debería dar la vuelta al Sueño Improbable y huir lo más rápido que pudiera. Las



posibilidades no jugaban a su favor. Claro que de no gustarle los desafíos, no habría llamado así a su barco.

—Citalpa es la capital. Si queremos advertir a la gente, es el mejor sitio para empezar... —musitó Siul, y observó el puntito que representaba la ciudad en el mapa—. Aunque la última vez tampoco nos fue muy bien.

—La última vez no había rey —recordó Fjer.

—Y sigue sin haberlo —señaló Roalm.

—Vaya, desbordas optimismo.

—Sabes que tengo razón, MJ.

—Si Callan y Muraf llegan a las armas, el reino está perdido —los cortó Aural—. La monarquía tendrá que resolver sus problemas rápido o las advertencias del Retrartista serán para nada. Sin hablar de que aún necesitamos un ejército si queremos detener al del Caballero Negro.

Aural bebió de su zumo, dejó el vaso sobre la mesa y Fjer lo apartó de los mapas tras negar con la cabeza. Roalm compuso una mueca, pero no dijo más, siempre educado. Entre los dos cubrían la falta de su padre sin problemas. Era irritante.

—Incluso si consiguierais coronar a uno de los muchachos —añadió MJ. Sus ojos azules eran tan profundos como el mismísimo Océano Cinéreo—, suponiendo que pudierais reclutar a sus hombres, ¿qué planeáis hacer contra los dioses? La última vez que lo comprobé, su padre estaba muerto —señaló a Siul con el pulgar— y al mío no lo esperaba como refuerzos.

Todas las cabezas se giraron hacia Roalm. El antiguo guardián del Valle de la Niebla respondió con un gruñido. Le gustara



o no, era el que más tiempo había pasado en compañía de los dioses, aunque solo fuera porque el Retratista lo había traído de entre los muertos. Que hubieran pasado semanas siguiéndolas a través de Sedois daba tiempo para unas pocas conversaciones. Aural no se había atrevido a preguntar al respecto, sabía que había historia entre Roalm y el dios, pero con suerte habían hablado sobre algo más que sus rencillas por la madre de Siul.

—Creo que el Caballero Negro no tiene todo su poder. —La voz ronca del demonio se hizo de rogar—. Ignoro por cuánto tiempo. El Retratista mencionó que la plaga de monstruos era su obra y que trabaja junto a la Titiritera, mas no me confirió todos los secretos de los dioses. Teníamos otras cosas que discutir.

O igual se equivocaba y había sido su pasatiempo principal. Aural se fijó en que tanto Roalm como Siul evitaban cruzar miradas. No podía culparlos.

—¿Así que está debilitado? —preguntó Fjer. Bendito fuera por redirigir la conversación.

—No fueron sus palabras exactas, pero es lo que dio a entender —replicó Roalm—. También insinuó que la Titiritera querría vengarse del resto de los dioses y que para eso destruiría todo Sedois de ser necesario. Prometió sangre. Mucha. Temía que Siul se inmiscuyera por eso mismo. Además, dijo... Bueno, avisó de que los dioses pueden morir.

El silencio se instauró entre ellos. Si el Retratista los había abandonado era por algo. No se trataba de una muerte total, solo desaparecían del plano mortal un tiempo (o eso decían las leyendas que había leído Siul), pero si había sido suficiente para



alejarse al Retratista, debería servir con los otros. Al menos le daba una posibilidad.

—Entonces, ¿planeáis matar a un dios? —preguntó Fjer. A Aural no le sorprendió su elección de palabras. Siempre usaba la segunda persona.

—Creo que planeamos matar a dos —corrigió MJ. Al contrario que su marido, era la primera en incluirse.

Tenía una sonrisa peligrosa. Casi recordaba a su iollon, Tammy, cuando salía de entre las aguas con la comida del día. Fjer puso los ojos en blanco al verla.

—Vas a meternos en esto, ¿verdad?

—¿Acaso quieres dejarlo estar? —contestó ella. Su marido inclinó la cabeza como si se lo pensara—. ¡Fjer!

—¡Esto no es una de tus locuras habituales! Quieres ayudarlos a arreglar la monarquía de una nación y a eliminar a un par de deidades.

—Y a sus monstruos y marionetas —susurró Siul.

—Cierto, ¿cómo he podido olvidarlo? ¡Y a sus monstruos y marionetas! Cariño, puede quedarnos grande incluso a nosotros.

—En primer lugar, no es una nación cualquiera. Por si lo has olvidado, mi madre aún vive aquí —comenzó MJ, aunque no pareció ayudar a su causa. Ya veía a Fjer recogiendo el barco para marcharse lo más lejos posible—. En segundo lugar, ¿de verdad quieres darle la espalda a esto?

Hubo una batalla silenciosa entre ambos. Aural deseó estar en cualquier sitio menos aquel. Roalm tragó saliva y Siul agachó la cabeza. Al final, Fjer suspiró.



—No. No quiero dejarlos. Está claro que necesitan ayuda —reconoció, y se pellizó el puente de la nariz con la mano izquierda.

—Eso es lo que pensaba, pero seguimos teniendo un problema: ¿dónde atracamos?

Esta vez se dirigió al resto, ignorando cómo Fjer rellenaba el vaso con algo un poco más fuerte que el zumo.

—En Citalpa está la mayor abadía de Sedois y algunas de las mejores bibliotecas. —Siul se levantó, con cuidado de no pisar a Bobby, el perro, para señalar en el mapa—. Si alguien supo cómo derrotar a un dios, sus puntos débiles, lo que sea, debe estar perdido entre las leyendas allí recogidas.

—Y es donde se encuentra la corte —completó Roalm con un nuevo gruñido.

Citalpa no era el lugar más seguro para los demonios como él. Aunque Roalm había embarcado en el Sueño Improbable desde el puerto, no debía guardar buenos recuerdos de su paso por la ciudad. Por lo que les había contado, tanto el Retratista como él habían intentado mantener un perfil bajo y solo la ayuda de MJ y su tripulación había permitido que pudieran seguirles el rastro. El Sur y la Marca no eran seguros para las sombras blancas.

—Entonces, ¿Citalpa? —La voz de Siul había ganado fuerza en aquellos meses de viaje. Ya no se perdía con el viento—. También merecen saber que Emirom ha fallecido.

Aural desvió la mirada hacia Roalm. No le sorprendió descubrir que él también tenía la cabeza girada hacia ella. Sin tener los ojos de Siul ni ser capaz de observar las almas ajenas, era capaz



de prever la mayor parte de sus acciones. Al principio le había resultado molesto, pero había una extraña tranquilidad en saber que el soldado sabría entenderla. Siul era su prima, su familia, pero ni siquiera sus dones eran infalibles y no siempre garantizaban comprensión. De otro modo, jamás las habrían traicionado. Aural no la culpaba; sin embargo, cuando la frustración había amenazado con ahogarla, el demonio había estado ahí, dispuesto a escuchar.

Cuando Aural volvió a dirigirse hacia el grupo, supo que Roalm no la detendría.

—Yo no voy.

El silencio que sucedió a sus palabras fue breve, lo que tardó Siul en encararla.

—¿Cómo que no vienes?

—Aún necesitamos un ejército para salvar al Norte y Callan Kolst, aunque sea el heredero por designio de su padre, no lo tiene. Muraf sí —resumió Aural—. Alguien tiene que convencerlo de que no haga nada estúpido. El destino de Sedois podría depender de ello.

—Pero...

—No deberías acompañarme esta vez, Siul —cortó Aural. Aunque cada fibra de su cuerpo se resistía a abandonarla, era lo mejor—. Si alguien puede encontrar la información sobre los dioses eres tú. Te necesitamos en Citalpa. Yo seré más útil en otro sitio.

—*Lady* Iostein tiene razón —corroboró MJ.

Incluso Fjer parecía convencido. El labio de Siul tembló al verse en minoría.



—Irías sola... —musitó.

—Mejor para pasar desapercibida.

—O para verte superada.

Tenía razón. Había muchas cosas que podían fallar en aquel plan. Solo llegar hasta Muraf, en un territorio potencialmente plagado de monstruos, era una locura. No obstante, alguien tenía que hacerlo. De los presentes era la que más oportunidades tenía y necesitaban ese ejército. El soldado lo había entendido sin necesidad de palabras.

—No me gusta. Roalm podría acompañarte... —La voz de Siul tembló un tanto. Tenía que haber visto la negativa en el alma del demonio. En la de todos. La decisión estaba tomada. Lo único que quedaba era que la aceptara—. Vas a ir diga lo que diga, ¿verdad?

Dejó caer la cabeza, con la mirada perdida en sus pies. La peor parte era que ambas conocían la respuesta. Se iría con o sin su beneplácito.

Al final, Siul asintió un par de veces. La victoria no debería saber a arrepentimiento.

Estaban hartas de las despedidas inciertas, de los «Hasta luego» que se volvían un adiós si uno se despistaba. A pesar de todo, no podían detenerse. Les gustara o no, sabían cuál era su deber. Con suerte los dioses permitirían que se reencontraran pronto.

—Dejadme en la orilla cuando podáis, después dirigíos a Citalpa. Si queremos salvar Sedois, tenemos trabajo pendiente.

Iba a echar de menos el mar, los suaves balanceos del barco, el olor a salitre y la brisa vespertina al pasear por cubierta. Sin



embargo, lo que le ataba el estómago y convertía la determinación en incertidumbre eran las personas allí reunidas. Su pequeño e improbable grupo de héroes, arrojados quisieran o no a una misión imposible. Quería volver a oír las conversaciones de MJ y Fjer, los gruñidos de Roalm, la risa de Siul... Muchas cosas podían salir mal en su plan, pero debían tener éxito. En parte por Sedois, aunque sobre todo porque no quería acostumbrarse a decir adiós.

Que la Diosa los guardara, necesitaban toda la ayuda que pudieran conseguir. Su hogar dependía de ellos.

